

La tertulia: así fue

Catorce mil personas, de toda Cataluña, se reunieron en Viaró con Mons. Javier Echevarría

Eran las 11.30 h cuando el coche que traía al Padre hasta el estrado se dejó ver sobre la pista de atletismo, los miles de asistentes que nos encontrábamos aquella mañana en el *Estadi* de Viaró empezamos, espontáneamente, a levantarnos y a aplaudir. Una eternidad duró aquel aplauso, que más que de cortesía era de cariño filial. Habíamos esperado con mucha ilusión ese momento y ya había llegado. El coche se detuvo y algunas familias pudieron saludar al Padre. A continuación subió al estrado, le conectaron el micrófono y empezó la tertulia. Sus primeras palabras, después de pedirnos que nos sentáramos, fueron de recuerdo y agradecimiento hacia San Josemaría, que había estado en Viaró en noviembre de 1972.

Sentaos, sentaos. Decía ayer en una tertulia menos numerosa que ésta, que estoy –y pienso que me entenderéis– muy emocionado, porque voy reviviendo momentos de la historia del Opus Dei, momentos de la vida de san Josemaría Escrivá. También me conmueve que la gente de los distintos sitios recuerda el paso –pero no el paso físico, sino el paso de entrega– de san Josemaría, concretamente también por Viaró. He pasado por la biblioteca donde tuvo esa tertulia. Por tantos lugares...

Y espontáneamente, sin poder contener sus preocupaciones de Padre, nos dijo:

Yo os quiero anticipar una cosa. Que sufro un poco viéndoos al sol. Ya querría yo estar al sol y vosotros a la sombra. Me gustaría mucho.

Pero decía lo de nuestro Padre, porque ¡cuánto ha querido a Cataluña, y la quiere!, ¡cuánto ha rezado por Cataluña, y reza en la presencia de Dios! Todos conocéis –si no lo conocéis, os lo digo– que nuestro Padre era un muchacho, antes de recibir la llamada del Señor, con ilusiones humanas nobles, como las tenemos todos. Pasó Dios por medio y le pidió que siguiese dócilmente sus inspiraciones, primero para hacerse sacerdote, y, después, cuando le pidió que

hiciese el Opus Dei: un imposible, hijos míos, un imposible. Un imposible, a los ojos de la gente que no comprendiera las inquietudes de la Iglesia. Pero el problema fue que también era un imposible a los ojos de los buenos. Tenía que romper una barrera, porque en aquellos momentos no se concebía que mujeres y hombres que estaban en la calle pudiesen llegar a la santidad, a la identificación con ese Dios nuestro que quiere vivir e inhabitar en nosotros.

Y vino aquí. Yo ayer tuve la dicha de estar arrodillado delante de la imagen de la Merced. Me pusieron un escapulario, apoyado en una especie de atril que tenía dos barras a las que pude agarrarme. Me uní a la oración de nuestro Padre en 1946 y en otros años en los que vino aquí, pidiendo por vosotros, pidiendo por la Iglesia, pidiendo por la Obra. Me pasó por la cabeza una vez que fuimos a Loreto... porque nuestro Padre hacía peregrinaciones a los santuarios de nuestra Madre. No tengáis miedo de hacer esas visitas, y decidlo. Que la gente sepa que sois cristianos, que estáis contentísimos y orgullosos de ser hijos de tan buenísima Madre. Ayudaréis a muchas personas a que rectifiquen y a que cambien.

El Padre se refería a la Mare de Déu de la Mercè, patrona de Barcelona, y eso hizo a muchos de los asistentes cruzarse

las miradas: habían estado el día anterior en la basílica de la Virgen, donde el Padre bendijo –junto al arzobispo de Barcelona– un relieve conmemorativo de las estancias de San Josemaría en esa basílica.

Continuó el Padre hablando de la Virgen, animándonos a demostrarle nuestro cariño filial.

Una de las veces llegamos a Loreto y entramos en la casita en la que había rezado tantas veces nuestro Padre. Estaba la casita con la verja echada. Allí cayó nuestro Padre de rodillas, agarrado a la reja, y una y otra vez le decía: ¡Madre, Madre! Allí estábamos, en esa invocación, todas y todos. Yo os sugiero que cuando tengáis alguna pena –cuando tengáis también alguna alegría–, que vayáis... No hace falta ir a un santuario de la Virgen. Si vais, también es bueno. Pero la tenéis cada uno en vuestra alma, la tenéis en vuestro corazón. Que la tratéis mucho, que la llaméis Madre con mucha confianza, que ella está dispuestísima a ayudarnos, para sacarnos de aquellos trances en que más o menos tengamos una situación de dificultad, o también para que le demos gracias a su Hijo a través de las manos estupendas de Santa María.

Hijos míos, el Opus Dei lo único que pretende es llevar a las almas de todas las condiciones, en el ambiente de este mundo nuestro, al

El gran secreto que puso el Señor en el alma de nuestro Padre: allí donde se encuentra un cristiano, ese cristiano puede ser, debe ser santo



encuentro con Dios. Porque es el gran secreto que puso el Señor en el alma de nuestro Padre: allí donde se encuentra un cristiano, ese cristiano puede ser, debe ser santo. Procurad, a través de la intercesión de Santa María, pedir la santidad para vosotros, para vuestra familia. Os hará entender muchos puntos que todos tenemos que rectificar en el comportamiento, en el carácter, sin que sirvan de excusa tantas cosas que a veces pretendemos que nos justifiquen, para no portarnos con la generosidad que debiéramos.

Antes de que preguntéis lo que vosotros queráis, querría rogaros que hagáis una cosa, y es que recéis todos los días por el Santo Padre.

Esa petición bastó para que se produjera un intenso y prolongado aplauso. Cabe recordar que el Santo Padre, a la sazón Juan Pablo II, estaba viviendo -como ahora sabemos- sus últimos meses de vida, antes de su fallecimiento el 2 de abril de 2005.

Muy bien por este aplauso. Tenemos que rezar siempre por el Papa, sea quien sea. Ahora, concretamente, por este Santo Padre, ya anciano, enfermo, y al mismo tiempo con esa disposición -la misma que en los comienzos- de cumplir la voluntad de Dios en aquello que le vaya pidiendo. No

le importa nada estar enfermo, no le importa nada no poder moverse, él que era un hombre de una agilidad extraordinaria. Ahora está contento por todas estas situaciones en las que le va metiendo el Señor, en las que ve la mano de Dios. Y está convencido de que con su enfermedad y con su ancianidad puede ayudar a la Iglesia. Por eso yo os ruego que todos los días..., ahora mismo -fijaos, somos unos miles de personas-: ¡qué poco nos cuesta a lo largo del día una invocación al Señor, a la Virgen: -Señor, por tu Vicario!, ¡Madre nuestra, por el sucesor de Pedro, que tanta gloria tiene de sentirse muy hijo tuyo! Rezad por el Papa. Necesita vuestra ayuda.

Os quiero contar una anécdota que es un poco significativa de cómo el Santo Padre se apoya en la oración y en la mortificación de todos los fieles del mundo. No penséis que os digo esto porque es una intervención de una persona de la Obra, que no soy yo. Si fuera yo, os lo diría. Estaba el Papa trabajando y tenía unas cuestiones que le preocupaban, como es lógico, como pasa en cualquier familia. ¡Madres y padres, no os quejéis porque tenéis problemas! Donde se quiere de verdad a las personas, hay problemas, que son ocasión de demostrar cómo se ama, cómo se sacrifica uno por los demás.

Estaba el Papa trabajando y con su cara, que es muy expresiva, manifestaba esa preocupación. Hubo un momento de interrupción en el trabajo y se quedó el Papa en el lugar donde estaba. Una persona de la Obra viendo esta situación, se acercó al Papa y le dio un beso en la mejilla, diciéndole: -Santo Padre, siempre, y en estos momentos, cuente Usted con la oración y la mortificación de todos sus hijos. No se refería sólo a los del Opus Dei, que tenemos también esa alegría de rezar gozosísimamente y filialmente por el Papa. El Papa se quedó callado unos segundos y al poco tiempo, dijo: -Gracias, lo necesitaba.

Hijos míos, necesita vuestra oración. Necesita vuestro cariño, pero un cariño que sea coherente con la vida cristiana, que sea de lucha para comportarnos como quiere nuestro Señor Jesucristo. Vivid todos los días esta filiación a Pedro, que os acercará -como es lógico, porque es el sucesor de Pedro y el Vicario de Cristo- a la Trinidad. Pedid por el Papa y pedid mucho para que todos -porque todos estáis obligados- hagáis una labor de apostolado, de manera que vaya cundiendo a vuestro alrededor el conocimiento de Cristo.

Bueno, ¿qué preguntáis vosotros?



1. En el mundo del ocio

-¡Aquí! Padre, me llamo Oleguer y soy un hijo suyo. Mi mujer, que está aquí, Edurne, también es hija suya.

El Padre, con rapidez, mostró de nuevo el desvelo que tiene por sus hijos.

-Oye, ¿tiene sombrero tu mujer? Porque se estará...

Oleguer, haciendo ademán de proteger a su mujer del sol, y con las consiguientes risas de los asistentes que observaban expectantes su respuesta por la pantalla gigante, dijo:

-No, pero me tiene a mí aquí a su lado.

El Padre, y todos los asistentes, aplaudimos con risas la ocurrencia de Oleguer; después, éste prosiguió con la pregunta:

Bueno, ¿dónde estaba? Formo parte de la dirección de un espectáculo de teatro musical que ha dado sus primeros pasos con gran éxito de público y crítica. Es un mundo que no me resultaba lejano, ya que hace muchos años que junto a mi madre y mis hermanos formamos un conjunto musical llamado *La Familia Picarol*, con el que hemos hecho numerosas actuaciones. Fueron mis padres los primeros que nos hablaron de lo que san Josemaría llamaba “el apostolado de la diversión”, de la importancia que tenía subirse a un escenario a cantar, fomentando una diversión sana y alegre. Hace pocos días nos escribió usted, refiriéndose a este apostolado como “el desafío crucial para la nueva evangelización de la sociedad”.

- Sí, sí, desde luego, me parece estupendo lo que estáis haciendo y lo bendigo con las dos manos, para que trabajéis más y eficazísimamente, también con una proyección apostólica. Es verdad lo que decís -lo que dices- de que nuestro Padre tuvo desde los comienzos -fijaos bien, lo pensaba ya en los años 30,

1930, cuando todavía era un sacerdote de 24, 26, 28 años...- estas grandes preocupaciones del mundo: el espectáculo. Porque tenéis derecho a divertirlos, debéis divertirlos, y divertirlos con la alegría de los hijos de Dios.

Muchas veces decía que tenemos que evitar que los espectáculos -porque tiene que haber espectáculos y fiestas- caigan en dos polos que hay que evitar: el de que sean ñoños, aburridos, porque católico no es sinónimo de aburrido (el que tenga esa idea equivocada que se la quite de la cabeza, porque los católicos somos la gente que tenemos más conciencia de lo que es la alegría de ser hijos de Dios), o tan profanos, tan profanos, que hieren totalmente la naturaleza humana.

No penséis que es un invento..., ni de la Iglesia de ahora. Ya Jesucristo en el Evangelio hace referencia concretamente a gente que se dedica a divertir a la gente, o a hacer una representación un poco más o menos trágica. Dice que, aquellos que no saben entender las enseñanzas del Señor se parecen a los que van por ahí y encuentran a una compañía que hace una serie de cosas para divertirlos, y no saben reírse; hacen una representación de algo que es más serio, y no saben llorar.

Es importante que participemos en ese mundo, porque la gente necesita la expansión, necesita ese momento de reposo. ¡Qué estupendo es que haya un grupo de personas, o un grupo numerosísimo, que colaboren en esta distensión de las gentes! Te aseguro que no estás haciendo más que lo que ya pretendía nuestro Padre. En los años 50 le encargó concretamente a sus hijos de España que hiciesen apostolado dirigido más propiamente a los artistas. Todos los apostolados son igualmente buenos. Éste era un apostolado que llevaba consigo un cierto desorden. Tu grupo quizá no lo tenga, pero muchos días terminan el trabajo a las dos, a las tres de la madrugada.

Artistas de cine, artistas de teatro –que los hay–, cantantes de ópera, que terminan a las dos y a las tres de la madrugada, y después reciben los medios de formación. Porque eso es la labor de la Obra: ir al encuentro de las almas allí donde se encuentran.

Y eso es el Opus Dei, hijos míos. Artistas de cine, artistas de teatro –que los hay–, cantantes de ópera, que terminan a las dos y a las tres de la madrugada, y después reciben los medios de formación. Porque eso es la labor de la Obra: ir al encuentro de las almas allí donde se encuentran. Y se organizaban esas meditaciones a las dos de la madrugada, a las tres, círculos...

Tú procura, mientras cantáis o mientras contáis un chiste –mientras lo *explicáis*–, procura pensar en la gente. Canta para Dios, pero canta también para la gente, para que encuentren la paz en su hogar, para que se den cuenta de que llevar una vida limpia es una cosa extraordinaria, que es lo que procuraréis hacer vosotros.

Y después te diré que es una maravilla lo de las canciones. Yo le escuchaba a san Josemaría tantas veces utilizar las canciones del amor humano para llevarlas a su amor con Dios. Yo le conocí en el año 48. Quiso que le acompañáramos a ver una casa de retiro y allí, mientras íbamos en un coche, yo tuve una actuación bastante desgraciada –no me refiero a cantar o no cantar–, porque me dijo nuestro Padre: –¿Queréis acompañarme en el coche? Nos lo dijo a tres. Dije: –¡Sí, sí, sí, sí! Yo sabía que el coche me mareaba. Y efectivamente, con las vueltas me mareé. Y eché..., yo creo que la papilla que me dieron cuando tenía tres años.

Nuestro Padre, durante el viaje, iba cantando, cantando canciones de amor. Y cantaba una canción que a mí se me quedó muy en los ojos. –Tengo un amor que me llena de alegría. Se veía que lo estaba diciendo, cantándola no por cantar, sino porque estaba dirigiéndose a ese Dios que le llenaba completa-

mente de alegría. También en los momentos duros, porque entonces estaba diabético, tenía que sufrir contradicciones de fuera. Y estaba contentísimo, cantando, agradeciendo de esa manera al Señor su amor y haciéndonos la vida alegre a los que estábamos con él.

Te contaré otra anécdota. Mira, en Roma ahora también estamos escasitos. No es que quiera pedir ayuda. Aunque los catalanes me entendéis muy bien. ¿Sabéis lo que pasó en Torreciudad, en la Jornada de las Familias? Que estaban allí todos reunidos, y de repente aparecieron dos *guayabitos* así, pequeñitos, con dos botellas. Y se acercaron a una familia y les dijeron: –Les vendemos estas botellas por dos euros. Y dijeron: –Oye, pero es carísimo dos euros por dos botellas... Entonces se confabularon entre los dos y dijeron: –Bueno, pues por un euro. –Oye, pero allí las dan gratis, les dijeron. –¿Y el trabajo de traerlas aquí?, contestaron ellos. Entonces les preguntaron: –Oye, ¿de dónde sois vosotros? –¡De Cataluña!. O sea, que lleváis el *negoci* dentro. Es una cosa congénita.

El Padre no dejaba escapar una. Su buen humor y las continuas referencias a la tierra catalana –que nos recordaban las tertulias con San Josemaría– estaban siendo un impulso para hacer mucho bien en estas tierras.

En Roma celebrábamos las fiestas con lo que teníamos, contentísimos también de la escasez, que es otra riqueza. La pobreza es otra riqueza. Y entonces nos dieron una ayuda con la que compraron lo que allí es típico como dulce de Navidad, que se llama *pannettone*. Es un bizcocho que cuesta dos perras gordas. Compraron cuatro

para todos los que estábamos allí. Y regalaban, con esos *pannettone*, unas coronas de cartón dorado. Nos llamó nuestro Padre a cuatro, entre ellos a mí, y nos dijo: –Yo querría que para que divirtierais a vuestros hermanos, entraseis en el comedor con las coronas puestas. A mí se me ocurrió decir: –Padre, yo, es que no soy capaz; a mí me da vergüenza. Y me dijo: –No te preocupes, trae la corona. Y llamó a otro y se la dio. Después me dijo: –Hijo mío, tienes que darte cuenta de que por tus hermanos –vosotros por vuestras familias, por la sociedad, por la gente que no conocéis–, tienes que ser capaz de cantar sin voz, de andar a cuatro patas, con tal de que se diviertan.

Tú, con ese grupo que formáis tan estupendo, procura que la diversión sea también una oración tuya y también una oración de los que te escuchan. ¡Vamos a empeñarnos para que los espectáculos sean honestos! Para eso, tenéis un medio formidable, la televisión, que es una cosa buenísima. La televisión, los medios de comunicación son buenísimos, pero son también intrusos que se meten sin vuestro permiso en el hogar. Cuando veáis que hay una cosa que no va, tened la valentía de cortar. También los adultos, que nuestro Padre decía expresivamente –y es una realidad: –Lo que hace daño a un chico de siete años, hace daño también a un hombre de sesenta. No juguéis con vuestra vida, porque jugar con el alma es jugar con la propia vida, y es una tontería que seamos tan desprevenidos y tan desproporcionados.

Sigue organizando cosas. Y procura todos colaborar, para que en las labores de diversión haya verdaderamente ambiente cristiano. Que Dios te bendiga.

2. El sentido del dolor

-Buenos días, Padre, soy Paloma. Soy médico y madre de unos cuantos alumnos en este colegio. Hace un año me diagnosticaron un tumor. Comprobé entonces que es difícil aceptar la voluntad del Señor. Ahora estoy curada y me encuentro muy bien, gracias. Por mi trabajo profesional, al ser médico y además en un centro penitenciario, me encuentro muy a menudo que la gente vive de espaldas al sufrimiento. ¿Cómo puedo hacerles entender la alegría cristiana ante ese sufrimiento? Que no es cuestión de que seamos insensibles, sino de que precisamente sabemos darle un sentido a ese dolor.

-Sí, siéntate. Oye, yo doy gracias a Dios porque te hayas curado. Es estupendo, hijas mías. Todos los que estáis aquí -no penséis que os lo digo como un poco para ganarme vuestra benevolencia-, todos los que estáis aquí sois parte de nuestra vida. Nos interesa todo lo vuestro, todo, todo, absolutamente todo. Por eso, todos los días en el Opus Dei se reza por la gente. No porque seamos mejores, porque sabemos que estamos hechos de la mismísima pasta que todos y que cuando nos descuidamos podemos tocar el violón a cuatro manos. Todos los días rezamos por vosotros, y le pedimos al Señor que os ayude, y que también tengáis la fortaleza en el dolor.

El dolor es un misterio muy grande, que entra en la providencia de Dios, porque ama tanto a la criatura que la trata como Dios Padre trató a su Hijo. Fijaos en ese gran misterio, que no lo podemos entender. En primer lugar, no entendemos el misterio de la Trinidad, Dios Trino y Uno, un solo Dios y tres Personas, pese a que ese misterio no repugna a la inteligencia; y que hay en ese amor perfectísimo una infinitud de entrega del Padre al Hijo y al Espíritu Santo, del Hijo al Padre y al Espíritu Santo, del Espíritu Santo al Padre y al Hijo.

Bueno, hijos míos, me vienen muchas cosas a la cabeza, cosas que le he oído a nuestro Padre. Luego os cuento una anécdota que es divertida. Por nosotros, por cada uno de nosotros, ese Dios nuestro -ique no está lejos, que está aquí al lado, que está dentro de nosotros!-, quiso que la segunda Persona de la Trinidad se encarnara, y quiso conversar con nosotros, recorriendo nuestros caminos: ese camino del dolor, ese



camino del trabajo, ese camino de la alegría. Por ahí fue Cristo. Tuvo todas las limitaciones de la persona humana, menos las del pecado. Y recorrió nuestros caminos.

A ese Hijo del que -leemos en el Evangelio- dice el Espíritu Santo: ¡Escuchad a mi Hijo muy amado! -amado totalmente, con el amor perfecto de Dios Padre-, a ese Hijo muy amado, precisamente para que lo entendamos todos nosotros, a ese Hijo suyo le mandó a la Cruz. Y Cristo se resistía... Cristo Hombre. A su voluntad humana le costaba!, y decía: -Pase de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad sino la tuya. Porque, como decía san Josemaría hablando del dolor, se puede sufrir, se puede llorar, se puede tener gran dolor, pero lo que no se puede es estar triste. Porque Cristo no estuvo triste por el dolor, estuvo triste por la soledad en que le dejábamos los hombres.

Pues ama el dolor, ama el dolor, hija mía, y haz que lo amen. Te contaré lo que ya sabes, porque eres de la Obra: que el Opus Dei ha empezado entre los enfermos. Ahí fue a buscar la fortaleza nuestro Padre. Contaba con gran alegría la fortaleza y el aprendizaje que sacaba de cada una de las personas; de aquella mujer, ya en punto de muerte, con unos dolores terribles, que le enseñó a decir -lo repetía aquella mujer contentísima-: -Bendito sea el dolor, amado sea el



El dolor es un misterio muy grande, que entra en la providencia de Dios porque ama tanto a la criatura que la trata como Dios Padre trató a su Hijo

dolor, santificado sea el dolor... Diles que el dolor es una manera de enfrentarse con el propio yo para que también entiendan que otras personas sufren, y para que también entiendan que Dios se sirve de ese sufrimiento para ayudar a esta humanidad nuestra, en la que no podemos sentirnos ajenos a nadie.

Hijos míos, todos los días, rezad por los enfermos; rezad por los que padecen. ¡Sí lo podemos hacer! El Señor no nos pide nada extraordinario, más que un pensamiento por quienes sufren. No dejéis solos a los que sufren, también para que sintáis esa compañía de la comunión de los santos cuando os llegue a vosotros el dolor.

Os quería contar esta anécdota divertida para no ponernos trágicos: que había un sacerdote muy celoso, muy celoso –lo contaba nuestro Padre–, que en Cuaresma hacía el Via Crucis con el pueblo de Dios y decía: –Primera estación, Jesús es condenado a muerte. Se extendía un poco y decía: –¡Por vosotros le condenaron a muerte! –Segunda estación, Jesús es cargado con la cruz. Y les explicaba: –Fijaos lo que es el madero... ¡Por vosotros le cargaron la cruz! Ya cuando llegaban a la séptima estación y decía: –¡Por vosotros...! Alguien dijo: –Bueno, ¿y por usted, qué?

Hijos míos, no os sintáis ajenos al dolor de la gente. Puede pasar por vuestra casa, por vuestra persona, y es necesario que deis ese cariño a quien no tiene la tranquilidad física y a quien necesita de vuestra compañía. Haced el apostolado, también, de visitar a los enfermos, de visitar a los pobres. También el Opus Dei se ha hecho a base de muchas visitas a enfermos y de muchas visitas a pobres.

Os contaré otra cosa muy divertida sobre cómo hay que llevar el dolor. Hay un cardenal que vale un Perú, que es un hombre formidable, y lleva desde el año 78 en silla de ruedas, prácticamente parálítico del lado izquierdo; pero un hombre con mucho deseo de rezar y de agrandar a Dios con su enfermedad. Cuando lo vamos a ver, le preguntamos: –¿Cómo está? Y nos dice: –¿Yo? ¡Pues como el Coliseo! –¿Qué quiere decir eso? –Pues..., como una ruina pero muy visitado. Hijos míos, que vayáis a ver a los enfermos, que toquéis ese dolor. Bueno, ¿y qué más?

Las risas se mezclaron esta vez con los aplausos. Seguidamente, muchos tuvimos que volver la vista atrás, como para reforzar lo que veíamos en la pantalla gigante, que captaba ya a Barchen, la siguiente en preguntar.

El busto de San Josemaría



Cuando celebramos el centenario del nacimiento de San Josemaría, en enero de 2002, pensamos encargar un busto de nuestro Padre para colocarlo en algún lugar emblemático del Colegio. Queríamos que fuera una manifestación del agradecimiento que le debemos y un recuerdo para las promociones futuras. Cuando se enteraron las familias de los alumnos que ese curso acababan 2º de bachillerato, se ilusionaron con que ése fuera el regalo con el que la promoción Forja II (1981-2002) quería despedirse del Colegio.

Fue fácil escoger quién sería el escultor. Además de que su taller está cerca de Viaró, sabíamos que Joan Mayné –escultor del retablo del Santuario de Torreciudad– había acabado hacía poco una escultura de San Josemaría con inmejorable resultado. Se ilusionó con el proyecto y el boceto se convirtió en barro y finalmente en bronce.

El 9 de enero de 2002 lo bendijo Mn. Pere, capellán del Colegio, junto a un buen grupo de profesores y los alumnos de bachillerato. Quedó colocado en el que llamamos “hall de los caballos”, junto al oratorio antiguo del Colegio, por donde entran las familias. Recibe este nombre porque tiene en el centro una escultura con tres caballos.

El día de la tertulia nos pareció que debía estar en el estrado junto a una imagen de la Santísima Virgen.



3. El autor de Camino

Padre, soy musulmana y mi marido también; nací en Kirguizistán, antigua Unión Soviética, el vecino de Kazajstán. Me he establecido en Barcelona con mi familia. Mi hijo va a Xaloc y mi hija a Pineda. Mi marido y yo hemos conocido *Camino* a través del colegio Pineda. Su mensaje ha sido una gran ayuda para mí y para mi familia. A mis padres y a mis hermanos se lo traduje primero por carta y por teléfono. Después les regalé diez *Caminos* en ruso, que les están haciendo mucho bien. Nos han dicho que usted tuvo oportunidad de tratar a san Josemaría, autor de *Camino*. Me gustaría que nos hablara de él, de su fortaleza, de su valentía y generosidad. También me gustaría hacerle una petición, que el Opus Dei vaya pronto a Kirguizistán. Gracias, Padre.

–Te quiero ser muy sincero, muy sincero, muy sincero. Rezo por ti y por tu marido. Rezo por todos los musulmanes. ¿Por qué? Porque la verdad solamente puede ser una. Yo, por tu libertad –esto lo aprendí de san Josemaría–, por vuestra libertad, daría mi vida entera, pero no sería coherente si no afirmara que quién está en la verdad somos los que hemos conocido la verdad revelada por Cristo. Rezo por vosotros, para que seáis muy fieles.

Te diré que tanto quería nuestro Padre a la gente de esa religión que dijo que se tradujera *Camino* a diversos idiomas, también donde la mayoría es musulmana, y mucha gente ha llegado a conocer la verdad de Cristo precisamente por *Camino*. Lo hizo solamente con esa intención: hacer bien a las almas. Rezo por ti, por tu marido, y entiendo perfectamente que tus padres quieran conocer toda esta alegría que has encontrado tú en ese libro. No podéis dejar de hacer esta labor, de hacer apostolado, no podéis dejar de preocu-



paros de las personas que están a vuestro alrededor, tenéis que ser –itodos, todos, todos!– eminentemente apostólicos. No seáis egoístas, no viváis solamente el cristianismo de domingo, tenéis que ser cristianos de todos los días. Y para eso tenéis que ser amigos leales de vuestros amigos y también de las personas con las que os encontréis.

Me contaban de una chiquita china pagana que estaba en una residencia del Opus Dei, en un país euro-



**No seáis egoístas,
no viváis solamente
el cristianismo de
domingo, tenéis que ser
cristianos de todos los
días**

peo, que empezó a recibir medios de formación. Y ella recibió una llamada por teléfono de su madre, en un Estado perdido en China, y le contó: - Mira, mamá, me han hablado de esto. La chica se sorprendió porque a la semana le volvió a llamar la mamá y le preguntó: -¿Qué me cuentas? Volvió también a decirle: -Me han dicho en este medio de formación estas otras cosas... Y ya cuando llamó, no al cabo de una semana, sino más pronto, dijo: -Oye, mamá, pero si nosotros somos pobres, yo he venido aquí para conseguir dinero para poder ayudaros, y tú me llamas por teléfono haciendo ese gasto, y además me llamas ya con una periodicidad que no va de semana en semana... Dijo: -Sí, pero es que lo que me cuentas me ha hecho mucho bien a mí, y yo se lo he contado a las personas que están a mi alrededor y ahora me preguntan: -¿Has hablado con tu hija?, ¿le has preguntado qué le han dicho? No dejéis de hacer apostolado. Yo te encomiendo para que hagas esa buena transmisión de lo que vas aprendiendo a tu familia, en Kirguizistán.

Te diré que a Kirguizistán queríamos haber ido a trabajar hace cosa de seis o siete años. Se torcieron las cosas, no por Kirguizistán, sino porque no fue el momento que estábamos esperando. Tú no dejes de rezar para que se pueda ir a Kirguizistán a dejar la vida por esas almas, porque allí donde haya una persona que pueda conocer a Cristo, ahí quieren ir las mujeres y los hombres del Opus Dei. Tú reza mucho por tu tierra. Y piensa que habéis sufrido durante muchos años, sobre todo tus antepasados -tus padres, tus abuelos- y eso tiene que dar mucho fruto en tu tierra, con una verdadera posibilidad de conocer la verdad de Cristo. Que Dios te bendiga.





4. La educación de los hijos

La siguiente pregunta la hizo Javier, padre de cinco hijos.

–Padre, secundando las conti-nuas llamadas del Santo Padre, que nos ha animado a renovar la lucha por llevar el espíritu cristiano a las leyes, a la familia, a la moda... Junto con otras personas, procuramos defender el derecho de los padres para elegir la educación que desean para sus hijos.

A veces cuesta sacar el tiempo necesario, mantener los ánimos para saber mover a muchos, que miran todo esto algo indiferentes. ¿Cómo transmitir el sentido de urgencia para que nuestra sociedad no se construya de espaldas a Dios en asuntos como el de la educación, en el que nos jugamos tanto?

–Sí. Me da mucha alegría que me

hagas esta pregunta. Yo os encomiendo a todos, hijos míos. Padres de familia, madres de familia, tenéis un derecho al que no podéis renunciar: el de intervenir en la educación de vuestros hijos. No os lo pueden quitar. El Estado no es el padre de los hijos, ni los gobiernos son los padres de los hijos. Tenéis todo el derecho a poder intervenir y a poder participar y a levantar vuestra voz. Cuando os lo quieren quitar, tenéis que levantaros todos. No se trata de que hagamos ahora, desde aquí, una movilización, pero vosotros sí. Vosotros tenéis que daros cuenta de que esos hijos os pertenecen y que os va a pedir cuenta Dios de cómo los habéis educado. Por lo tanto, tenéis el deber de buscar la mejor enseñanza, y la enseñanza más de acuerdo con su formación cristiana, para que no os arranquen la fe.

El Padre insistió entonces en la necesidad de superar con generosidad las dificultades

de manera que la familia se mantenga siempre unida, por el bien de los hijos y de los esposos.

Después, hijas mías, hasta humanamente tenéis que proteger a vuestros hijos. ¡Qué desastres hay por ahí! ¡Cuántos hijos totalmente amargados, porque sus padres se han separado! Procuremos dar ejemplo con la vida corriente, queriéndoos. Padres y madres, ¡que-reos más cada día! Yo he escuchado tantas veces a san Josemaría decir: –Tenéis que vivir con esa sensación de que hay que estrenar cada día ese amor que os entregasteis definitivamente cuando os casasteis. ¡Tened ilusión en miraros, en quereros, en respetaros! Así viviréis un matrimonio felicísimo.

Y con los hijos, igual. Pelea mucho, y moviliza. No penséis, no vale decir: –Es que somos tan pocos... ¡Eso no vale! Pensad en los apóstoles: eran doce en aquella

Tenéis el deber de buscar la mejor enseñanza, y la enseñanza más de acuerdo con su formación cristiana, para que no os arranquen la fe

Sensibilizad y decid a toda la gente: que va por medio tu familia, que va por medio tu felicidad, ¡que va por medio tu libertad!

civilización romana totalmente decadente, e hicieron -porque tenían la gracia del Señor- toda esta movilización y todo este cambiar el mundo. Lo cambió Jesucristo, pero ellos fueron fieles, y, si era necesario, afrontaban los tormentos y el martirio. Pues vosotros moveos. Os insisto. No vale que digamos: -Es que somos pocos. Si somos pocos pero nos movemos, ya habrá cincuenta, cien, mil, dos mil pillos menos, que defienden la verdad. Moveos. Sensibilizad y decid a toda la gente: que va por medio tu familia, que va por medio tu felicidad, ¡que va por medio tu libertad! Pues tened valentía

para defender lo que el Señor os ha concedido, que no os lo puede quitar nadie. Que Dios te bendiga. ¡Muévete!

El aplauso de cierre de la anterior pregunta sirvió de introducción para la siguiente intervención, que el Padre situó rápidamente ayudado por las banderas que portaban a ese efecto unos alumnos de segundo de Bachillerato del Colegio.

Se notaba que el Padre ponía el corazón y la cabeza en cada una de las preguntas que le formulábamos.

Un recuerdo que crece cada día

Es costumbre en muchos lugares perpetuar un acontecimiento plantando un árbol, que lo recuerde con el paso de los años.

En un colegio son los alumnos los que con su crecimiento -humano, académico y espiritual- nos recuerdan cada día que vale la pena el esfuerzo en su educación.

La ventaja de los árboles es que se quedan donde se les plantó, y la de los alumnos es que desaparecen transmitiendo esa formación recibida por toda la sociedad.



21.11.1972

20.05.1989

18.09.2004

Las tres fotografías pequeñas son los árboles plantados en Viaró en recuerdo de las visitas de San Josemaría, Don Álvaro y Mons. Javier Echevarría.

5. Vocaciones para toda la Iglesia

Vicky fue la siguiente en preguntar; cogió el micrófono y dirigiéndose al Padre le dijo:

-Padre, gracias por venir y estar aquí con nosotros. Soy norteamericana. Era protestante, me convertí y recibí la Primera Comunión con diecisiete años. Luego vine aquí a Barcelona con la ilusión de formar una familia cristiana. También tenía que buscar un buen marido, que lo encontré aquí, en Cataluña. Tenemos una hija del Opus Dei. Agradecemos mucho a Dios este regalo. Me gustaría que nos hablara de generosidad ante la vocación de los hijos, y de qué más podemos hacer para que de nuestras familias salgan vocaciones para toda la Iglesia, como nos pide el Papa.

-Es verdad, hija mía. Aquí has encontrado a tu media naranja, y es lógico que le quieras mucho más todos los días. Y fruto de ese amor vuestro son esos hijos maravillosos, entre los cuales el Señor te ha dicho de una manera más directa: -Ésta es totalmente para mí. Porque tenéis que pensar una cosa, hijos míos: el matrimonio es un camino vocacional, es un camino estupendo para los que el Señor llama. Pero el celibato es muchísimo mejor, en el sentido de que es vivir, gastar toda la vida, sin tomarse anticipaciones en el mundo, gastar toda la vida por la felicidad de Dios. El celibato es la cosa más seria que hay. Pero los matrimonios, si son santos, pueden llegar a ser tan santos o más santos que los que hemos escogido el camino del celibato: por voluntad de Dios, no por egoísmo.



Conviene que procuremos -que procuréis, los que estáis en el camino matrimonial- crear ese ambiente cristiano en vuestros hogares. Que vuestros hijos aprendan a tratar a Cristo por vuestra piedad, por vuestro ejemplo, por vuestra participación en los sacramentos. Después, padres y madres, que tengáis tiempo para vuestros hijos, que no seáis egoístas, que no os canséis. Ya sé que muchas veces habéis batallado todo el día, vosotras en el hogar además del trabajo. Y ellos, con más horas en el trabajo. Y volvéis a casa, y os llaman: -¡papá! ¡mamá! Son hijos de vuestro espíritu, hijos de vuestra carne. Tienen la vida por vosotros porque la ha querido Dios; porque vienen los niños cuando Dios quiere, pero han tenido la vida por vosotros. Por lo tanto, gastaos por ellos.

Se notaba que el Padre llevaba el tema de las familias muy metido en el alma. Ya lo había manifestado en la pregunta anterior. Muchos fueron los momentos en que -además de hablar con mucha claridad- elevó el tono de voz animando a vivir con ejemplaridad este aspecto de la vida familiar.

Después, que viváis con esa alegría de que cada hijo es una confianza

de Dios con vosotros, pero de que -sobre todo- son hijos de Dios. Y si llega el momento en que Él pasa por su camino, no le pongáis dificultades. Yo no digo que a la primera corazonada que tengan les digáis: -¡Ah, estupendo, estupendo! Ayudadles, pero no pongáis más dificultades que las que os pusieron a vosotros cuando dijisteis: -Quiero echarme esta novia, o -quiero echarme este novio. Os dijeron: -Oye, piénsatelo un poco. ¿Es un chico bueno? ¿Es una chica buena? Esas cosas sí las podéis decir. Pero no pongáis dificultades que interrumpan.

Os contaré el caso de una mujer que quiso ser de la Obra y le pusieron muchas dificultades sus padres. Tanto, que no llegó a ser del Opus Dei. Pasaron los tiempos y esta mujer -no digo que haya una relación de causa-efecto-, pero esta mujer, con los años, acabó en el mundo de la droga. Y una vez, sus padres, disgustadísimos, con lágrimas en los ojos, le dijeron: -Pero, hija mía, todo lo hemos hecho por ti, ¿y tú, por qué te comportas así? Y ella -no tenía razón- pero les dijo: -Yo quise ser buena y no me dejasteis.

Tenedlo muy en cuenta: los hijos

Que vuestros hijos aprendan a tratar a
Cristo por vuestra piedad, por vuestro
ejemplo, por vuestra participación en los
sacramentos

Que bendigáis y pidáis por las familias
numerosas, y que pidáis para que
haya muchas vocaciones en todo el
mundo, para sacerdotes, para la vida
consagrada...

necesitan vuestra ayuda, necesitan vuestra colaboración, pero al mismo tiempo también necesitan vuestro empuje cuando el Señor pasa de una manera determinada. Hay que fomentar las vocaciones. Ahora hacen falta muchas vocaciones para los seminarios. Yo pido que haya familias numerosas. Me acuerdo de una anécdota que le pasó a don Álvaro, el queridísimo don Álvaro. ¡Cuánto quería Don Álvaro a Cataluña! Yo creo que esto se hereda. Fue una vez a Estados Unidos, y tuvo una tertulia en Houston con muchas familias. Y un marido se levantó y le dijo: -Padre, estoy casado, tenemos quince hijos y somos muy felices. Llegamos a casa y nos encontramos con los jaleos de los niños, pero qué estupendo es saber que se quieren entre ellos, que nos esperan con ansia, que nada más abrir la puerta vienen: - ¡Papá, papá! Y don Álvaro le dio los consejos que fueran oportunos. Luego se levantó otra persona -ella o él, ya no me acuerdo- y dijo: -Pues nosotros somos una familia de doce hijos, y también tenemos esa gran alegría, porque además estamos muy metidos en el mundo de la juventud, nos interesan sus problemas... Y luego se levantó un hombre joven y dijo: Padre, nos hemos casado el año pasado, tenemos un solo hijo, pero procuraremos entrar en ese club de las familias numerosas.

¡Hijos míos, si son una gloria las familias numerosas! Es una manera, también, de poder querer los padres a los hijos y los hijos a los padres y los hijos entre sí. Qué estupendo es tener con quién dialogar. Ahora, muchas veces -yo no me meto con la gente que no puede tener hijos- los que cierran las puertas a la natalidad por egoísmo son muy pobres.

Oyendo esas palabras del Padre, lo más tentador era mirar alrededor para encontrarse con una realidad a la vez ilusionante y llena de responsabilidad: la de muchísimas familias, numerosas y alegres, que llenaban el Estadi de Viaró.

Hijos míos, que bendigáis y pidáis por las familias numerosas; y que pidáis para que haya muchas vocaciones en todo el mundo, para sacerdotes, para la vida consagrada... Los del Opus Dei no son religiosos, pero nos alegra mucho que haya muchas vocaciones para los religiosos, y hay que pedir ahora para que recuperen toda la fuerza las órdenes y las congregaciones religiosas. Que Dios os bendiga y que no pierdas el inglés, ¿eh? ¿Y qué más?

La Virgen de la ermita



Camino del campo de fútbol donde tuvo lugar la tertulia, y en medio de algunas zonas de descanso para los alumnos, hay una pequeña ermita con una imagen de la Virgen. Al entrar o salir de la tertulia muchas familias aprovecharon para rezar con sus hijos ante esa imagen de la Virgen, que bendijo Don Alvaro en su visita en mayo de 1989.

Al estar junto a la zona de descanso de los más pequeños, es habitual verlos agarrados a los barrotes de la puerta, con la cara pegada al cristal... explicándole "sus cosas" a la Virgen.



6. En casa y en el cole

Antes de empezar la tertulia, habían anunciado desde el estrado las posibles interferencias en los micrófonos, provocadas por los teléfonos móviles. Y eso es lo que le pasó a Jordi, quien a pesar de intentarlo con varios micros no conseguía que se le oyera; sin embargo, aquel pequeño fallo técnico terminó en un magnífico regalo, ya que el Padre acabó invitándole a subir al estrado para que formulase su pregunta desde allí. Le recibió con un abrazo, y Jordi empezó a preguntar:

–Padre, soy Jordi, estaba allí [entre el público] con mi esposa, con Rosa, y tenemos tres hijos. Yo trabajo aquí, en Viaró. Nuestro Padre nos decía que lo más importante en un colegio eran los padres, y así intentamos vivirlo con los padres de nuestros alumnos. Por este motivo, organizamos siempre actividades formativas para ellos. Mi pregunta es la siguiente: ¿Cómo podemos ayudar a los padres para que entiendan mejor que es necesario que haya mucha, mucha coherencia entre lo que se enseña y se vive en el colegio y lo que vivimos en casa?

–Sí, me da mucha alegría. Hijos míos es verdad, la gente aprende por el ejemplo. Y los chicos se nutren también por la vida del matrimonio, por cómo se comportan, por cómo se quieren, por la alegría que hay, y parte de esa vida y de esa alegría es la vida cristiana, la vida sacramental. Tenéis que daros cuenta de que Dios no es un Dios solamente para el fin de semana o para los domingos. Dios es Dios permanentemente, eternamente. No ha tenido principio, no tendrá fin. Y ese Dios quiere estar en relación con nosotros todos los días.

Por lo tanto, conviene que en nuestra jornada, aparte de que se puede transformar todo el día en oración, conviene que haya tiempos dedicados a la formación

espiritual, un poco de tiempo para rezar el rosario... No obliguéis a vuestros hijos, pero sí que les invitéis; y, si son pequeñitos, que recen solamente un misterio, o tres avemarías; y luego que se marchen otra vez a jugar. Pero que vean que papá y mamá rezan, que vean que papá y mamá van a la iglesia, que vean que papá y mamá se confiesan. Es muy bueno esto. Amad mucho el sacramento de la confesión y procurad que la gente tenga esa coherencia de vida cristiana; que no sean personas que creen en Dios y lo dicen solamente, sino que lo vivan. Para eso es muy importante tratar al Señor en la Eucaristía y tratar al Señor en el sacramento de la Penitencia.

Mirad, hace pocos días nos recordaban que santo Tomás, ese gran santo que tiene una ciencia segurísima –naturalmente, ahora muchas cosas de las que decía habría que ponerlas al día en cuanto a sus formulaciones–, que gastó toda la vida en meditar –fue, también, el gran santo amante de la Eucaristía–, dice que el milagro del perdón del Señor en la Confesión es más grande que el milagro de la creación. Pues, hijos míos, nos ha puesto ese milagro al alcance de cada uno. No dejéis de ir a la Confesión, porque eso os hará rectificar en vuestra vida de trabajo, en vuestra vida familiar, en vuestra vida de trato. Y vuestros hijos, como nos ha pasado a todos, irán absorbiendo, por lo que ven en vosotros.

Estad orgullosamente fieles a vuestra fe, y llevadla hasta las últimas consecuencias. Así sabréis apartaros de lo que no va bien para vosotros y que, por no ir bien para vosotros, no va bien para vuestros hijos. Tened esa coherencia. Luchad y vivid con esa entrega. Me da mucha alegría.

Con aquel tono que tienen las despedidas –aunque sabemos que

Que vean que papá y mamá rezan, que vean que papá y mamá van a la iglesia, que vean que papá y mamá se confiesan

siempre estamos cerca-, y casi como colofón, el Padre nos recordó el importante valor del trabajo y su papel en la tarea de la santificación de cada uno.

-Quiero terminar diciéndoos algo que forma parte del núcleo del mensaje que ha traído la Obra. La Obra no saca a nadie de su sitio. Entended: hay algunos que dejan la profesión para dedicarse a labores internas, u otros hemos dejado la profesión para el sacerdocio, que es otra profesión. Los sacerdotes tenemos otra profesión que nos tiene que ocupar todo el día. Pero está en el núcleo del mensaje del Opus Dei la santificación del trabajo profesional. Aquí lo entenderéis muy bien, porque entre otras cosas os dáis cuenta de que para tener éxito hay que trabajar, pero es importante que lo veáis como manera de hablar con Dios, de tratar con Dios. Cumplid cada uno, seriamente, las obligaciones profesionales, y aspirad, no por ganar más dinero -también es bueno, ¿eh?-, o para tener una mejor posición, sino a hacer todas las cosas bien para dar más gloria a Dios.

Hay que procurar que el trabajo responda claramente a nuestra fe, y la fe nos ha dicho -porque lo ha puesto el Señor en la Biblia- que el hombre ha sido creado *ut operetur*, para que trabajara, antes del pecado original. Hay que quitar de la cabeza a mucha gente que el trabajo es un castigo. No es un castigo, es una manera de dar gloria a Dios, es una manera de que el hombre y la mujer vayan madurando y vayan haciéndose más imagen y semejanza de Dios.

Hace falta que ahora todos, y especialmente los católicos, trabajemos con seriedad y con profundidad, para que no confundan católico con mediocridad. Al contrario, precisamente porque somos serios, queremos hacerlo perfectamente bien.

Y con esta anécdota que os cuento, termino. Había un catecúmeno que recibió la fe. Vino aquí a Europa y subió a un tranvía. Era uno de estos tranvías automáticos -me imagino que hay ya en todo el mundo- donde no hay cobrador, y la gente echa el dinero y saca el ticket. Ese catecúmeno, que venía de muy lejos de Europa, vio que en un país -desgraciadamente en uno de los países latinos- había varios que pasaban sin pagar. En su ingenuidad dijo: -Oye, ¿estos no serán católicos...? Y le preguntaron: -¿Por qué? -Pues porque no pagan, no cumplen con su deber.

Hijos míos, de un cumplimiento del trabajo bien hecho, de un cumplimiento de vuestra puntualidad, de un cumplimiento de acabar las cosas bien para dar gloria a Dios, depende también la fe de muchas personas.

¡Qué corto se ha hecho! El Padre tiene que marcharse, pero antes nos invita -como lo hacía San Josemaría y también su sucesor, Mons. Álvaro del Portillo- a rezar por las autoridades del país, y de nuevo, por el Papa.

Os dejo pidiéndoos que, si queréis, recemos -también el Ángelus- por las autoridades civiles de este país, de Cataluña, por las autoridades

eclesiásticas, por las autoridades universitarias y todas las autoridades. Vamos a rezar el Angelus: *Angelus...*

Si queréis, rezamos también por las autoridades de todo el mundo. En concreto me refiero a las de España, las civiles, eclesiásticas, universitarias, militares..., todas las autoridades, para ayudarles, porque tenemos la responsabilidad también de ayudarles, de exigir, pero ayudarles. Padrenuestro... Dios te salve... Gloria...

Os doy la bendición, y os pido nuevamente que recéis por el Papa. Que el Señor esté en vuestros labios, en vuestros corazones, en vuestra alegría, en vuestra responsabilidad ¡De vuestra vida depende el que muchas personas se acerquen a Dios! En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Un ovación cerrada recorrió el Estadi. Los aplausos, que se alargaron más que otras veces, despertaron a algún que otro pequeño que había seguido desde su carrito la tertulia. Todo había acabado. El Padre nos dejaba con muchos cometidos e ilusiones que luego, a lo largo de las semanas se irían concretando en iniciativas, en cambios personales, en encuentros... Al bajar del estrado se despidió de algunas familias y de aquellos que le habían acompañado durante esas horas en Viaró.

Los asistentes a la tertulia empezamos a movernos lentamente, sin prisas, saludando a muchos conocidos y disfrutando ya de esas palabras que el Padre había metido en nuestro corazón.



La organización

Profesores y alumnos del Colegio nos pusimos a trabajar en lo que iba a ser una jornada inolvidable

El entrañable recuerdo de la estancia en Viaró de San Josemaría en noviembre de 1972 y de Mons. Álvaro del Portillo en mayo de 1989, se despertó en todos al saber que Mons. Javier Echevarría, actual Obispo Prelado del Opus Dei, vendría al Colegio el 18 de septiembre de 2004, para tener una tertulia con familias de Cataluña.

El mes de septiembre en cualquier institución educativa es un periodo de arranque, donde las ilusiones y proyectos del nuevo curso comienzan a tomar forma. No nos imaginábamos que el Padre sería uno de los protagonistas de esos días.

Con la llegada al Colegio de los pequeños alumnos de Primero de Primaria, con sus pesadas mochilas llenas de libros nuevos, lapiceros, carpetas...y con algo de curiosidad en el cuerpo al pisar terreno desconocido, nos llegó la

noticia de que Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, nos visitaría a los pocos días. Tenía la ilusión de poder estar con familias de toda Cataluña y transmitirnos, en un ambiente familiar de tertulia, muchas de las cosas que llenaban su corazón, escuchando los proyectos y preguntas de algunos de nosotros y contestándonos con un optimismo lleno de fe sobrenatural. Para todos fue una alegre sorpresa en los primeros días de septiembre.

En cuanto nos llegó la noticia, empezamos a preparar lo necesario

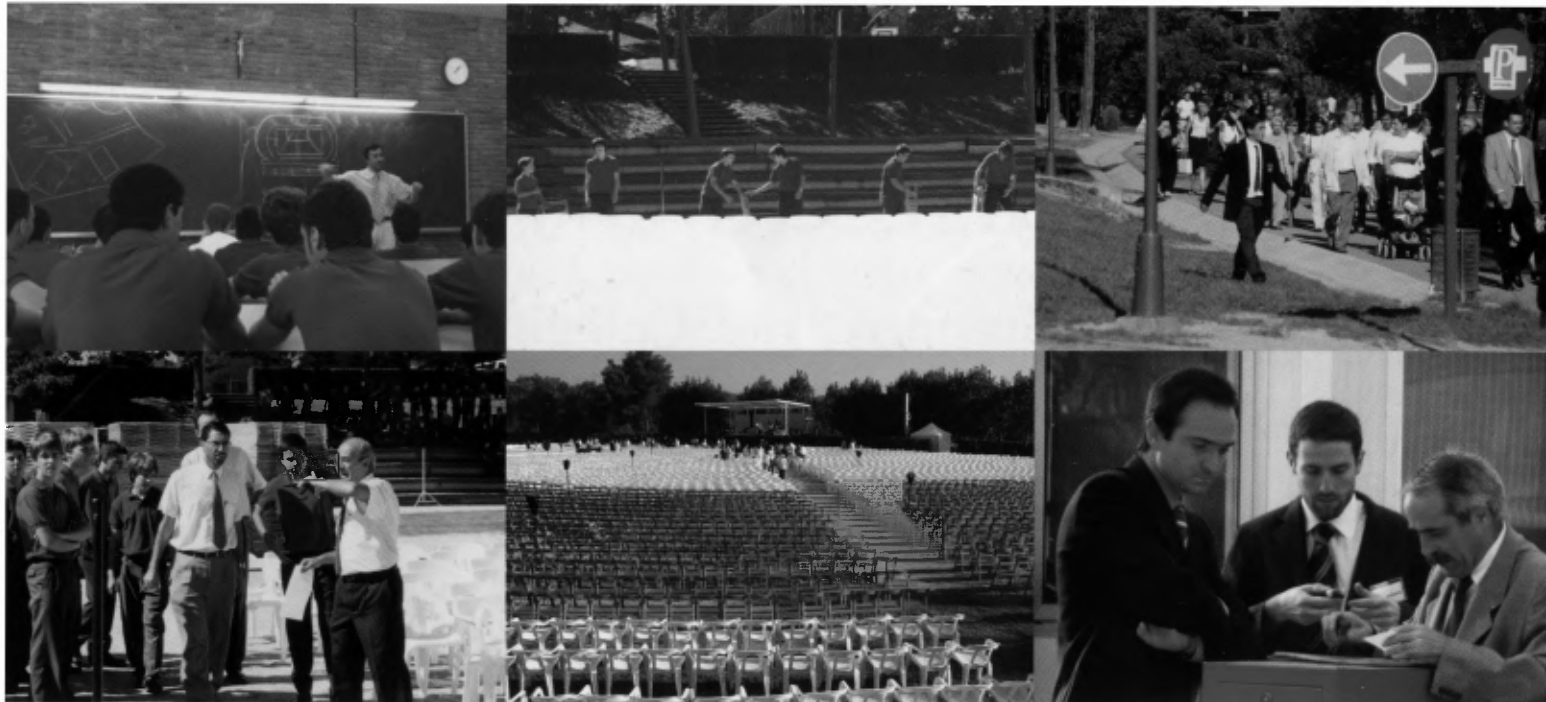
para que el Padre y todos los que vinieran a la tertulia, estuvieran a gusto en Viaró. No lo teníamos difícil, pues contábamos con un entusiasta equipo de padres, profesores y alumnos que supieron dedicar horas y esfuerzo para que todo estuviera preparado a primera hora de la mañana del sábado 18 de septiembre. Carlos, padre del Colegio, nos decía: "¡qué manera tan buena de empezar el curso!". No le faltaba razón. Después de las primeras explicaciones a los profesores, se repartieron encargos y nos pusimos a trabajar. Lo primero era planificar la organización y

3

Editorial

El liderazgo del que tanto se habla y escribe nos descubre una realidad llena de personajes, con algunas virtudes, pero que muchas veces no acaban de arrastrar, porque difunden un mensaje, un estilo de vida, que no convence. A la vez, todos hemos tenido la suerte de conocer a personas que, sin una pretensión de liderazgo cómodo y complaciente para todos, han sabido luchar y dejar la vida por unas ideas que sí pueden llenar el corazón de cualquiera y que, tantas veces, han sido una luz de esperanza en una sociedad sedienta de trascendencia. Es fácil recordar tantas imágenes de Juan Pablo II -desde su juventud hasta su muerte- en las que hemos descubierto a un hombre que sólo buscaba la verdad y cuya vida ha estado entregada a difundirla por todo el

mundo y entre personas de toda clase y condición. En esta revista extraordinaria de Viaró, queremos recordar la huella imperecedera que nos han dejado tres hombres que han luchado y rezado para que este Colegio -y tantas otras instituciones educativas y sociales- salieran adelante, con el objetivo prioritario de difundir la verdad, esa verdad que nos consigue la felicidad auténtica. San Josemaría Escrivá en el ya lejano noviembre de 1972, Mons. Álvaro del Portillo en mayo de 1989 y, finalmente, el actual Prelado del Opus Dei Mons. Javier Echevarría el pasado 18 de septiembre. Sus palabras han sido un fuerte impulso para todos los que les hemos oído hablar...hablar de la verdad, que no es otra cosa que hablar de Dios



Carlos, padre del Colegio, nos decía: "¡Qué manera tan buena de empezar el curso!"

4

encauzar la ilusión de los alumnos que llegaban de vacaciones.

Sería difícil poner por escrito las reuniones y gestiones de diverso tipo que se hicieron esos días. No quedaba mucho tiempo para informar a las familias y preparar materialmente la tertulia: el alquiler del estrado, sillas, equipo de megafonía, fotografía y vídeo, pantalla gigante, lavabos portátiles; habilitar zonas de parking; disponer de una posible asistencia médica; a la vez que organizábamos el orden y la seguridad del recinto del Colegio, especialmente en el *Estadi*, que es el campo de fútbol donde tendría lugar la tertulia.

El equipo de mantenimiento del Colegio, con la ayuda de algunos espontáneos, tuvo unos días de especial trabajo. Además de encargarse de los alquileres, tuvieron que construir una carpa que protegiera del sol, y de la posible lluvia. Tuvieron también un papel clave el equipo de carpintería que hizo un buen trabajo a gran velocidad, y el equipo de jardinería que, como ya nos tienen acostumbrados, acabaron impecablemente su trabajo.

A medida que las familias se iban enterando del acontecimiento, nos iban prestando su colaboración: ayudando técnicamente para que todo estuviera previsto, diseñando y decorando el escenario, consiguiéndonos la tela que serviría para cubrir el estrado y cosiéndola en un tiempo record...

Otros protagonistas importantes fueron los profesores y alumnos que se encargaron de la colocación de las 10.500 sillas en el terreno del campo de fútbol, el cuidado del orden y accesos al Colegio, y de la organización del parking, tanto de coches como de autobuses. Secundaria estuvo más volcada en la organización y colocación de las sillas y Bachillerato en el orden y cuidado del parking. Fue una nueva oportunidad para poner en práctica el espíritu que nos enseñó San Josemaría de hacer un trabajo bien hecho -cuidando las cosas pequeñas- y ofrecido a Dios.

No se nos olvidó, siguiendo la tradición, pedir al Monasterio de las Clarisas de Pedralbes que rezaran para que el día fuera, también meteorológicamente, espléndido.

Gracias a Dios, así fue.

A las 8.00 h del sábado 18 de septiembre estaba cada uno en su sitio. Profesores y alumnos distribuidos por todo el Colegio y alrededores. Unos recibían a las familias en la estación de tren, indicándoles por dónde debían bajar hasta el Colegio, otros dirigían -con la ayuda de la Policía Local- el tráfico de coches y autobuses, otros facilitaban el orden y acceso al lugar de la tertulia. También se repartían botellines de agua que resultaron un alivio al fabuloso sol de septiembre con el que amaneció el día.

Los primeros llegaron a las 8.30 h y, desde ese momento, fueron ininterrumpidamente llegando familias hasta llenar las sillas y las gradas del *Estadi*. Todo resultó ordenado y tranquilo. El ambiente de alegría se notaba en las conversaciones y saludos que unos y otros se dirigían al llegar a sus sitios. A las 11.30 h llegó el Padre al *Estadi* y le recibimos con un caluroso aplauso, propio del ambiente de familia que se respiraba.



El oratorio



Los que pasaron por las aulas de Viaró los primeros años del Colegio, todavía recordarán la gimnasia, los partidos de fútbol o incluso las fiestas de Navidad que se organizaban en lo que ahora es el oratorio. Se construyó como polideportivo, con la idea de que al pasar los años, cuando el oratorio del pabellón Central se hiciera pequeño, se transformara en el oratorio del Colegio.

Está situado en el centro de la finca, lugar de paso para que profesores y alumnos saluden a Jesús sacramentado al entrar o salir del Colegio.

El día de la tertulia, sabiendo que a los asistentes les gustaría saludar al Señor, lo dejamos abierto como si se tratara de un día lectivo. Fueron muchos los que pasaron y agradecieron a Dios la venida y el impulso que el Padre nos estaba dando.